



JARDINES EN EL TEJADO

A un inventor con tiempo para la fantasía, ese benemérito cómplice del éxito, se le ha ocurrido la feliz y peligrosa idea de convertir los tejados en jardines para reducir la contaminación, alegrar la vista y entretener el ocio de los jubilados; ahora se habla mucho de recuperar plantas autóctonas y olvidadas y quizá aquí pudieran caber con cierta comodidad y holgura, siempre que fueran más bien de superficie, claro, y no comprometiesen las estructuras ni produjesen goteras y otras inconveniencias. En las viejas ciudades y en los ancianos pueblos españoles suelen crecer con cierta naturalidad yerbas en los tejados y en las fachadas, yerbas que adornan, sí, y que le dan cierto misterio a la piedra, pero que acaban moviendo y desencajando los sillares y, con una mínima proporción de desgracia, desaplomando la fábrica. A la iglesia parroquial de Hueva, aquí en la Alcarria, que está puesta bajo la advocación de Nuestra Señora de la Zarza, le crece hasta una higuera donde ni le caben las raíces; esta iglesia ardió hace unos años, tiene la torre inclinada como la de Pisa, incluso muy inclinada y, para

colmo de males, en el otoño último se le vino abajo el tejado, el derrumbe no mató a nadie, gracias a Dios, pero la iglesia quedó cerrada al culto. Dicho sea de pasada, se me ocurre pensar que quizá fuera prudente y también elegante que alguien con posibles les echara una mano que tampoco iba a costarle demasiado dinero.

El invento de ajardinar los tejados puede ser, sobre hermoso, útil para cultivar yerbas caprichosas y raras o prohibidas; en la calle de Ríos Rosas, hace cuarenta años, un tangerino que se llamaba Dris ben Acebuche (cito de oído y de recuerdo y quizá haya error) sembraba marihuana en los alcorques de los árboles y después reunía al vecindario para fumar porros en rueda, que es cosa que une mucho los corazones y las voluntades.

Esto del techo verde parecer ser que está siendo muy bien acogido por amplios sectores de la población. La gente quiere probar, claro es, y a mí me parece que esa inquietud puede ser tan saludable como oportuna.

Camilo José CELA

